

pieron contra una nación cristiana y derrumbaron un Estado griego para reemplazarlo con un imperio latino.

Sin embargo, con el cura de Neuilly, Folco, predicador de la cuarta cruzada, os creeréis retrogradados á los tiempos de Pedro el Ermitaño ó San Bernardo. Ya le hemos hecho aparecer sembrando conversiones y milagros por su camino. Jaime de Vitri, que no se deja seducir por los malos sacerdotes ó los falsos profetas, admira sin reservas al cura de Neuilly. «Predicaba con frecuencia, dice, en una plaza de París, denominada Champeaux. Allí los usureros, las mujeres de mala vida, los pecadores más grandes, despojándose de sus vestidos, y con disciplinas en las manos se prosternaban á sus pies y confesaban sus faltas. Los enfermos se hacían llevar á su presencia; la multitud se precipitaba á su paso, destrozando sus ropas para repartirse los pedazos. En vano apartaba con un bastón á los más impacientes: no podía hurtar sus vestidos á la avidez piadosa de los espectadores; por lo que casi diariamente tenía que vestir una sotana nueva.» Las escenas de arrebató popular que señalaron la primera cruzada se iban renovando en todas partes. En Bretaña, uno de los asociados de Folco, el monje de Saint-Denis, Hellouin, exaltó á multitudes desordenadas, que partieron á San Juan de Acre, sin esperar el ejército regular, y perecieron miserablemente, como habían perecido un siglo antes las hordas de Gautier-sans-Avoir. A pesar de esto, el extraordinario éxito de las predicaciones en Neuilly disminuyó, y se hizo más tibio el entusiasmo cuando Folco se dió á recoger las limosnas con que debía mantenerse á los cruzados pobres. Las gentes desconfiadas se preguntaron si, con efecto, aquel dinero debía destinarse á la guerra santa. Jamás tamañas sospechas hubieran turbado el espíritu de los contemporáneos de Pedro el Ermitaño ó de Urbano II.

Esta cruzada fué, sobre todo, una empresa feudal. Felipe Augusto, entregado por completo á su lucha con Juan Sin Tierra, intervino apenas en ella para recomendar á los cruzados que tomaran por jefe al marqués de Monferrat, Bonifacio, su pariente y amigo, que reemplazó al conde Thibaut de Champaña, muerto antes de la partida, en 1201. Ni tampoco fué Inocencio III quien dirigió la expedición. Fueron los grandes señores de Francia y de Italia, aquellas oligarquías de barones cuyas intenciones nos delata Villehardouin, así como sus actos y discursos, y que dirigían Balduino y Enrique de Flandes, Luis de Blois, Hugo de Saint-Pol, el obispo de Soissons, Nivelón, Bonifacio de Montferrat y el dux de Venecia Enrique Dándolo.

La masa de los caballeros cruzados quería seguir la tradición, obedecer al papa, desembarcar en Siria y conquistar á los musulmanes Tierra Santa. Los altos barones tuvieron al principio idea de atacar el islamismo en Egipto, lo que no dejaba de ser muy prudente, ya que en Siria no podía contarse con el concurso de los príncipes cristianos, ya hostiles á los occidentales, y porque el Egipto era la llave de la Siria y de toda la parte oriental del Mediterráneo. Por consiguiente, concluyeron un contrato con los venecianos, procurándose los medios de transporte. Pero ya muchos peregrinos, en lugar de dirigirse á Venecia, donde debía verificarse la concentración, habían hecho vela con rumbo á Tierra Santa. Los que iban á Venecia se encontraron en la

imposibilidad de cubrir los gastos del pasaje y de acreditar su firma. El ejército cristiano cayó por esta causa bajo la dependencia de los venecianos.

Éstos se aprovecharon de las circunstancias, como comerciantes que atienden á su negocio. Los sentimientos religiosos fueron para ellos siempre posteriores al interés de su comercio. Ya que la fortuna ponía un ejército á su disposición, emplearon desde luego á los cruzados en conquistar Zara, propiedad de un cristiano, cruzado además, el rey de Hungría. Zara, ciudad dálmata, enriquecida por la piratería, era desde mucho tiempo la enemiga de Venecia; Dándolo y Bonifacio, á despecho de las prohibiciones de Inocencio III, se apoderaron de ella en noviembre de 1202. Los habitantes no fueron sacrificados, pero se les arrebató cuanto poseían.

El 1.º de enero de 1203 los jefes de la cruzada vieron llegar al hijo de un emperador destronado, al joven príncipe bizantino Alejo, hijo de Isaac el Angel, que les pidió ayuda y protección, prometiéndoles facilitar la entrada en la capital del imperio griego. Los cruzados se dejaron seducir. Los venecianos, ganosos de sentar el pie en puertos imperiales, les comprometieron á aprovechar esta ocasión inesperada, y el 7 de abril nuestros barones, después de apoderarse de Durazzo, partieron para Corfú decididos á dirigirse sobre Constantinopla, y defiriendo por esta suerte, sin olvidarlos, así lo afirma Villehardouin, sus primeros proyectos: el ataque á Egipto y la toma de Jerusalén (1). El terror de Constantinopla, donde Alejo I había usurpado el trono de Isaac el Angel, su hermano; el atractivo de la ciudad del Bósforo sobre las imaginaciones latinas, la perspectiva del pillaje y la conquista, el antiguo odio de los cristianos occidentales contra los cismáticos griegos, el recuerdo de las perfidias bizantinas durante la primera cruzada, contribuyeron á determinar la docilidad de los franceses á las sugerencias de los venecianos. Inocencio III protestaba sin descanso, y se dió entonces un espectáculo extraño, incomprensible en tiempos de Godofredo de Bouillón: el papa excomulgando á una parte de los cruzados, los venecianos, y amenazando á los demás con idéntico castigo.

Los barones llegaron ante Constantinopla el 23 de junio de 1203. «Sabed, dice Villehardouin, que contemplaron largo tiempo Constantinopla, los que nunca la habían visto porque no habían pensado jamás que fuera una ciudad tan rica, cuando vieron sus altos muros y sus magníficas torres que la ceñían en redondo, y sus ricos palacios y sus altas iglesias, cuyo número era tal que nadie lo habría creído sin verlo por sus propios

(1) Algunos historiadores han pretendido que los barones de Francia habían sido víctimas de una intriga preparada de tiempo atrás, con objeto de obligarles á separarse de su camino, dejando en paz á los musulmanes y arrojándose sobre el imperio griego, para satisfacción, bien de los venecianos ligados por tratados especiales al sultán de Egipto, bien del emperador alemán Felipe de Suabia, cuñado del joven Alejo. Otros sostienen que la desviación respondió á causas fortuitas. La tesis de la no premeditación nos parece la más conforme con los textos examinados sin prejuicio y con el conjunto de los hechos; pero tal vez ha sido á su vez exagerada. Aunque los venecianos no fueran culpables de inteligencias secretas con el islamismo, la desviación de la cruzada fué en gran parte obra suya, y con ella triunfaron sus propios intereses.

ojos, y la longitud y anchura de la ciudad que sobre todas las demás era soberana. Y sabed que no hubo hombre tan fiero á quien no le temblara la carne; y no era por cierto maravilla, pues nunca empresa tan grande fué intentada por nadie desde la creación del mundo.»

El 17 de julio, el joven Alejo y sus protectores entraron en la ciudad, siendo bien acogidos de los griegos. El usurpador Alejo III había huído con sus tesoros, no atreviéndose á dar la batalla. El joven Alejo fué coronado, y entonces se presentó á los latinos la cuestión grave: ¿no era bien que cumplieran finalmente con su voto de cruzados, reanudando su proyecto de una expedición á Jerusalén y á Egipto? Muchos pedían la inmediata partida. Los jefes no opinaban de la misma manera. «Partir ahora, dijeron y no sin razón, es no llegar á Siria hasta la entrada de invierno. Imposible intentar nada hasta la primavera del año siguiente; igual es, por consiguiente, pasar la mala época en Constantinopla; y por otra parte, nuestra presencia es todavía necesaria para consolidar la dominación del joven emperador á quien acabamos de instalar. Abandonarle en seguida, será entregarle á sus enemigos.» La mayoría se dejó convencer, obedeciendo á las insistencias de los venecianos.

En cuanto al joven Alejo, una vez coronado, intentó eludir sus compromisos. El partido nacional bizantino, que quería la guerra con los extranjeros, aceptó como jefe á un hombre determinado, Murzuphle, y Alejo fué estrangulado. Murzuphle organizó la defensa contra los latinos. La situación habría sido crítica para los cruzados si los griegos hubieran marchado de común acuerdo; pero, por fortuna, andaban divididos. Siempre había existido en Constantinopla un partido favorable á los occidentales, y por otra parte residían en la ciudad multitud de latinos. Los cruzados lucharon con Murzuphle el 2 de febrero de 1204, y el 12 de abril, después de un asalto general, se hicieron dueños de gran parte del interior. Murzuphle huyó en el momento en que un incendio formidable comenzaba á resplandecer en Constantinopla. «Y fué, dice Villehardouin, el tercer fuego que estalló en Constantinopla desde que los francos vinieron al país; y ardieron más casas de las que se cuentan en la ciudad más grande del reino de Francia.» Al día siguiente los cruzados ocuparon la ciudad entera.

Los caballeros no pararon mientes al principio más que en los tesoros de que rebosaba la ciudad, en la repartición del botín y en el pillaje inmenso. «El botín logrado fué tan grande, dice Villehardouin, que nadie sabría hacer la cuenta del oro y la plata, de vajillas y de piedras preciosas, de raso y ropas de seda, de los vestidos de gris, de marta y de armiño, y de sinnúmero de bienes riquísimos jamás hasta entonces reunidos sobre la tierra. Y buen testigo es Godofredo de Villehardouin, el mariscal de Champaña, á conciencia y con verdad, de que jamás, desde la creación del mundo, se había ganado tanto en la toma de una ciudad.»

El historiador griego Nicetas ha descrito las estupendas escenas de violencias y rapiña de que fué teatro Constantinopla durante el mes de abril de 1204. «Estos bárbaros, dice, no usaron de humanidad para con nadie. ¡Lo han robado, lo han arrebatado todo!» Nos los

muestra entrando con mulas y caballos en las iglesias para llevarse los vasos sagrados, arrancando de los sillones, de los pupitres y de las puertas los ornamentos monumentales que los cubrían. Indignase sobre todo al ver con cuánto desprecio tratan los latinos los objetos de arte, las obras maestras de la escultura antigua amontonadas en Constantinopla y en la gran iglesia de Santa Sofía sobre todo, verdadero museo incomparable. Las mejores estatuas de bronce son fundidas por esos vándalos, que hacen moneda con ellas. Todo lo que no tiene un valor actual es destruido ó arrojado al fuego. Y el griego enumera las inmensas pérdidas que ocasiona al arte la catástrofe.

Para dividirse las riquezas se repartió en lotes el territorio del imperio, y los barones franceses, imitando á



Marinos venecianos.  
(Del código *De passagiis in Terram Sanctam.*)

sus antepasados de la primera cruzada, organizaron su conquista á semejanza de la madre patria.

El emperador latino, el jefe de la jerarquía de los señores en el nuevo Estado, fué el conde de Flandes Balduino IX. Elegido por seis franceses y por seis venecianos, fué coronado en Santa Sofía por un legado de Inocencio III. El papa, aceptando los hechos consumados, esperaba realizar el gran sueño de la unidad de la Iglesia. Balduino, el día de la consagración, había revestido los ornamentos imperiales y calzado los borcegués de púrpura. Se le dió por dominio la tierra que se extiende al Este y Oeste del mar de Mármara, desde Filipópolis (el Finepople de nuestros cruzados) hasta los alrededores de Nicea, constituida en capital de los griegos refugiados en Asia Menor. Los venecianos tuvieron su pingüe ganancia escogida en perfecta armonía con sus intereses comerciales: una parte de Constantinopla, las costas, los puertos y las islas, Corona y Modona, en el Peloponeso, con más un trozo de Albania y del Epiro. El dux Dándolo obtiene una alta situación y grandes beneficios con el título de potestad. Otro veneciano, Tomás Morosini, fué elegido patriarca. Para desquitar á Bonifacio de Montferrat, que había aspirado al imperio, se le nombró rey de Tesalónica.

Por debajo de estos grandes personajes se escalonaron jerárquicamente los señores de orden inferior los príncipes de Morea ó de Acaya, los duques de Atenas y del Archipiélago, los marqueses de Bodonitza (encargados de la guarda de las Termópilas) y los condes de Cefalonia. Estos señores se subdividieron, á su vez, en pequeños feudos, ocupados casi todos por franceses ó venecianos.

La Morea y la Grecia propiamente dicha, que debían

sobrevivir largo tiempo á la ruina del imperio latino, se convirtieron, según expresión de un papa, «en una segunda Francia.» Allí se establecieron y fueron tronco de descendencia feudal los señores de la Roche-sur-l'Ognón, los Villehardouin, los Brienne y los Champlitte. Sobre todo la Acaya francesa, con sus jerarquías de barones laicos y eclesiásticos, sus doce pares, sus cortes feudales y sus tribunales de Iglesia, ofrecía el espectáculo curioso de un feudalismo latino, regularmente organizado, en territorio griego. Un siglo después de la conquista, un historiador catalán, Ramón Muntaner, escribía: «Los príncipes de Morea toman mujer de las mejores casas francesas; lo mismo hacen sus vasallos, barones y caballeros, que jamás se casan con otras mujeres que con las que descienden de los barones de



Sello del emperador Balduino I

Francia. Por eso se decía que la caballería más noble del mundo era la caballería francesa de Morea. Hablábale allí la lengua francesa tan bien como en París.»

Este fué el resultado más duradero de la gran aventura de 1204. De esta manera la raza francesa hallóse establecida á las puertas de Oriente. Nuestros barones implantaron para siglos, en estos lejanos países, nuestra lengua, nuestros usos, nuestra legislación, nuestras costumbres religiosas y nuestra cultura. Cubrióse la Grecia de castillos como los de la madre patria, con nombre enteramente francés, como Montesquieu, Chatelneuf, Beaufort, Beauregard, mientras el arte ojival, tomando á la vez posesión de esta tierra nueva, construía en ella la catedral de Andravida y el palacio ducal de Tebas, y los novelistas griegos hacían adaptaciones de nuestras canciones de gesta y de nuestros poemas de la *Tabla redonda*.

En cuanto á la obra política de los cruzados, no duró mucho más de medio siglo. El imperio latino era caduco en su esencia. Faltaba á sus fundadores el conocimiento de la situación, y tropezaron con dificultades que se salían de la medida ordinaria. Hubiera sido conveniente á los latinos un Estado fuertemente centralista, una monarquía vigorosa. Por lo contrario, hicieron un mosaico incoherente de señoríos, sólo nominalmente sometidos á un vago poder imperial. La indocilidad de los grandes vasallos, las incesantes rebeldías y la insuficiencia de los lazos feudales produjeron sus habituales efectos. Bonifacio de Montferrat consideró desde el principio su feudo de Salónica como un reino independiente y negó su homenaje al emperador. Estalló la guerra. Balduino tomó Salónica y Bonifacio se dirigió sobre Andrinópolis. Costó reconciliarlos; y por los rangos inferiores de la jerarquía las obligaciones feudales no se respetaban más.

En lugar de conciliarse el amor del pueblo griego, el clero latino desplegó un estúpido terror. El legado del papa Pelagio cerró las iglesias y encerró en la cárcel á obispos y sacerdotes griegos. No fué posible la unión de ambas Iglesias. Los mismos latinos estaban desunidos. Al patriarca veneciano de Constantinopla, que no quería reclutar el personal eclesiástico sino entre las gentes de su país, opusieron los franceses otro jefe espiritual. En Grecia como en Francia, los príncipes estaban en lucha abierta con su clero. El rey de Salónica y el príncipe de Morea querían disponer de los bienes de la Iglesia y apropiarse los diezmos. En Patras, habiéndose querrellado los barones con su arzobispo, le hicieron encarcelar, maltrataron á su legado y acabaron por cortarle la nariz.

Finalmente, los griegos conquistados no habían sido sometidos: permaneció el enemigo interior aliado á los enemigos de fuera, el rey de Valaquia y de Bulgaria, á quien no supieron interesar los franceses en su empresa. Hombres de un talento y de una energía extraordinarios hubieran luchado difícilmente contra tantos obstáculos á la vez. Y los dos primeros jefes del imperio latino, Balduino I (1204-1205) y Enrique I (1205-1216), fueron tal vez los únicos que se mostraron poco más ó menos á la altura de su misión: Balduino que no era falto de energía y de bravura, desapareció posteriormente á la derrota que sufrió de los valacos en Andrinópolis (14 de abril de 1205); Enrique luchó valientemente contra los invasores y contra sus vasallos rebeldes, intentando reparar la torpeza del clero latino. Pero él también sucumbió en la lucha, y ya sus sucesores Pedro de Courtenay, Roberto de Namur, Juan de Brienne y Balduino II no lucharon más. En 1261 el imperio latino había desaparecido.

## CAPÍTULO V

### LOS CAMPESINOS Y LOS BURGUESES

I. La población rural.—II. Desenvolvimiento de las ciudades y las burguesías. Mercaderes y artesanos.—III. Las franquicias urbanas. La vida comunal. Establecimiento y propagación de los consulados.—IV. Los villanos en los poemas feudales. La literatura burguesa.

#### I.—La población rural (1)

La evolución de las clases populares, cuya primera fase hemos descrito (2), se continúa en sus diversas manifestaciones. Pero los progresos de los pueblos rurales son, como es natural, menos rápidos que los de la burguesía.

Se deja ver, es cierto, que en los comienzos del siglo XIII las libertades individuales ó colectivas disminuyen en mucho el número de los siervos. Las tierras que tienen la desventurada propiedad de hacer esclavos

(1) OBRAS DE CONSULTA.—Enrique Sée, *Les Classes rurales et le Régime domanial en France au Moyen âge*, 1901. E. Bonvalot, *Le Tiers Etat d'après la charte de Beaumont et ses filiales*, 1884. M. Prou, *Les Coutumes de Lorris*, 1884. P. Thirion, *Les Echevinages ruraux aux XII<sup>e</sup> et XIII<sup>e</sup> siècles dans les possessions des églises de Reims*, 1896, en los «Etudes d'histoire du Moyen âge,» dedicados á M. Gabriel Monod.

(2) Véase el tomo primero, págs. 581 y siguientes.

á los que las habitan, son gradualmente absorbidas por las tierras libres. La propia herencia de servidumbre es extinguida por la creciente influencia del derecho romano, en cuya virtud el hijo de la mujer libre, aun cuando casada con un siervo, nace libre. Finalmente, el campesino no tiene ya el mismo interés de antes en hacerse siervo de una iglesia. En lugar de entregar su persona al monasterio, se contenta con ofrecerle tierra ó dinero. Provincias enteras, la Turena, Normandía, Bretaña, el Rosellón y muchas regiones del Mediodía, parecen haber desconocido la servidumbre ó estar liberadas en gran parte. En los países en que subsiste, por ejemplo el dominio real y la propia Champaña, aun cuando los propietarios (y más que ninguno, como ya se ha visto, Felipe Augusto) no ceden en sus derechos fácilmente, la condición servil se hace menos intolerable. La talla arbitraria desaparece en multitud de sitios; el *formariage*, la mano-muerta, se suprimen con frecuencia. Multitud de paisanos no tienen más servidumbre que la capitación, impuesto de tres ó cuatro dineros, más humillante que onerosa.

Para los huéspedes y los cultivadores libres las concesiones de privilegios de exención, que ya comenzaban á multiplicarse en tiempos de Luis *el Gordo*, son verdaderamente prodigadas por los señoríos de Luis VII y de Felipe Augusto. Es la época de más grande difusión y de la carta de Lorris. A ejemplo de Luis VII y de su hijo, los señores de Courtenay y de Sancerre y los condes de Champaña la distribuyen con bastante liberalidad por los pueblos de sus feudos. Aun cuando no se otorgue esta carta integralmente y de una manera explícita, su influencia se hace sentir, sobre todo por el rebajamiento de la tasa en las multas judiciales, en la mayor parte de contratos que hacían entonces, cada vez con más frecuencia, los señores y sus campesinos.

En 1182, el arzobispo de Reims, Guillermo de Champaña, concedió á la pequeña localidad de Beaumont, en Argonne, una carta que debía servir de modelo á la mayor parte de cartas de libertad concedidas á las localidades rurales de los condados de Luxemburgo, de Chiny, de Bar, de Rethel y del ducado de Lorena. En Champaña hizo la competencia á la carta de Soissons y á la ley de Verviers. No solamente concedía á los villanos las franquicias esperadas: les otorgaba además una apariencia de autonomía, con representantes elegidos libremente, escribanos, un alcalde y el uso libre de caminos y aguas. Pero los señores que adoptaron y propagaron la ley de Beaumont no se muestran tan generosos como su fundador. Tan pronto se reservan el derecho de nombrar alcalde, como pretenden ejercer sus derechos en competencia con los habitantes. Por todas partes, si en el día escogido para la elección no habían venido á un acuerdo los villanos para elegir sus representantes, los nombraba el señor.

Otras constituciones, menos extendidas que las de Lorris y Beaumont, transformaban poco á poco el estado civil y económico de los villorrios. Creáronse «regidurías rurales» en los dominios de los condes de Champaña y en los de las iglesias de Reims. Las poblaciones no formaban entidad moral, pero estaban representadas por un *maire* (alcalde). Los regidores que ejercían todas las funciones locales de administración y de justicia (por ejemplo en Attigni, cuya carta pertenece al

1208) no eran elegidos. Los campesinos permanecían esclavizados, pero estaban mejor garantizados en materia de impuestos y contribuciones contra los caprichos de su señor.

Finalmente, las «federaciones rurales,» es decir, las asociaciones de villorrios constituidos en municipios, con cartas moldeadas sobre las de los grandes municipios urbanos, tales como ya se encuentran en tiempo de Luis *el Gordo* (1), continúan extendiéndose por determinadas regiones. Ya se ha visto que Luis VII y su hijo habían contribuido á la formación de la de los siervos del Laonnais. A ejemplo de Felipe Augusto, que había tolerado otra aglomeración, la de Cerni-en-Laonnais (1184), el abad de San Juan de Laón autorizó la de Crandelain (1196). A fines del siglo XII los condes de Ponthieu permitieron establecerse ó fundaron espontáneamente la de Creci, del Crotoi y del Marquenterre. Pero esta forma de emancipación de los villanos fué completamente local y sólo prevaleció por excepción.

Esta abundancia de actas de liberación adquiridas por individuos ó familias y de cartas de privilegios vendidas á los pueblos no debe hacernos concebir ilusiones. Las localidades libertadas ó privilegiadas no constituían sino una minoría en el conjunto de los pueblos rurales. Por lo demás, estos contratos entre señores y villanos no eran más respetados en la práctica que la mayor parte de los contratos que establecían entre sí los propietarios de feudos. La necesidad y la fuerza brutal ocupaban con demasiada frecuencia el lugar de las más precisas y formales convenciones. Considerando la realidad y no los pergaminos, la existencia de los campesinos, siervos ó libres, permanecía en último resultado miserable y precaria. Ya les hemos visto indefensos contra las calamidades naturales, víctimas del bandolerismo y de las guerras feudales, sucumbiendo bajo la explotación de los nobles y de los señores de Iglesia. Los predicadores denuncian la celdad de los feudos y la cobardía de los clérigos que permiten aplastar á los débiles. Jaime de Vitri les amenaza con castigos, aun en esta vida: «Guardaos de provocar el odio de los humildes, porque pueden haceros tanto mal como bien os hacen. Es cosa peligrosa la desesperación. Vese á los siervos matar á sus señores y prender fuego al castillo.»

Antes de recurrir á la rebelión abierta, la población rural resiste al pago del impuesto. La recolección de diezmos, en especial, se verifica con dificultad. El concilio de Ruán en 1189 recuerda á los fieles sus obligaciones. «Como se dan muchas gentes que no quieren pagar el diezmo, se les hará tres intimaciones para decidirles á saldar íntegramente lo que deben sobre trigo, vino, frutos, heno, lino, cáñamo, quesos y rebaños. Si la tercera intimación queda sin respuesta, serán excomulgados.» «Es necesario que todo el mundo pague el diezmo,» dice el concilio de Aviñón (1209), «y que sea pagado antes que todo otro impuesto,» añade el concilio de Letrán (1215). Una carta del papa Celestino III al obispo de Beziers denuncia las pretensiones de algunos campesinos que, obligados á transportar los productos que constituían el diezmo al domicilio del sacerdote, se habían empeñado en restarles los gastos del transporte. El papa ordena al obispo que les excomulgue si

(1) Véase el tomo I, pág. 583.